

CAPITULO CXXXI.

Recursos empleados por los de Amberes. — El italiano Giambelli. — Batalla en el contra-dique de Couvestein. — Rendición de Amberes.

Poco satisfactorio se presentaba para los de Amberes el porvenir y sin embargo, decididos á luchar hasta el último extremo y á combatir con portentos los portentosos medios de ataque inventados por el de Parma, construyeron bajo la dirección del italiano Giambelli, excelente ingeniero y que servía á los flamencos en venganza de un desaire que recibiera en España, varios brulotes y cuatro navíos de extraña forma, cada uno de los cuales encerraba en su seno gran cantidad de pólvora, balas, piedras, y otras materias pesadas, que por medio de una mecha convenientemente dispuesta habian de estallar á su tiempo.

Puestos de acuerdo con la armada zelandesa, en la noche del 4 de abril de 1585, lanzaron al agua aquellas terribles máquinas, cuyos siniestros fuegos llenaban de admiración y de terror á nuestros soldados, pero como quiera que no tenían quien las gobernase, cambiaron la dirección, encallando muchas, por efecto de su misma pesadez, en las arenas del río, consiguiendo únicamente uno de aquellos navíos romper el puente de barcas llegando á aferrarse al principal, por la parte en que estaba unido á la estacada del lado de Flandes.

Los extraños fuegos que llevaban aquellos buques que los flamencos les pusieron para que produjesen mayor impresión en sus contrarios, llamaron efectivamente la atención de estos, mas cuando vieron aquel navío monstruoso á su mismo lado y que transcurrió un buen espacio sin estallar la mina de que hemos hablado, creyeron que no existía peligro alguno, y burlándose de la pesada é impotente máquina comenzaron á saltar en él, recorriéndolo, oficiales y soldados, en todas direcciones.

El mismo Alejandro Farnesio iba ya á penetrar en él cuando un alférez de los tercios españoles, arrojado ante él, le suplicó no pusiera su existencia en peligro, pues que conociendo como conocía á Giambelli, no podía esperar nada bueno de él.

Retiróse Alejandro, y providencial fue indudablemente la súplica del español, puesto que de repente con horrible y pavoroso estrépito estalló el buque, arrojando piedras, cadenas, vigas y tablones, y haciendo volar destrozados los miembros de los imprudentes que en él penetraron; siendo tal el efecto de la explosión que el seno del río se descubrió dejando ver sus arenas y saltando las abrasadas aguas por encima del dique.

«Parecía haberse á un tiempo desgajado el cielo y reventado la tierra. A muchos ahogó la fetidez de las materias inflamables, y la espesísima humareda de la pólvora, que no llevaba menos de siete mil quinientas libras aquel monstruoso castillo flotante. Hasta que se despejó algun tanto la atmósfera, no se vió el estrago que habia hecho. A nueve mil pasos de distancia habian sido arrojadas algunas pelotas de hierro y otros instrumentos de destrucción: á mil pasos se hallaron enormes losas sepulcrales embutidas mas de cuatro palmos en la tierra; ochocientos hombres habian sido miserablemente destrozados, soldados, oficiales, capitanes y generales, entre ellos el valiente, entendido y activo general de la caballería marqués de Rouvais, pérdida grande para todo el ejército. Mas lo que consternó á todos, fue que se tuvo por muerto al mismo duque de Parma, por habersele visto la última vez en uno de los castillos del puente, de que primero se apoderaron las llamas. Hallósele despues tendido en tierra y casi sin sentido, derribado por una de las estacas trabales; pero reanimáronse los soldados al ver volver en sí á su querido general.»

Así se expresa un historiador de nuestros días, y verdaderamente debió ser considerable el destrozo causado por aquella infernal máquina, destrozo, que si hubieran sabido aprovecharse de él los sitiados, habria puesto en grave apuro al de Parma por el efecto que habia causado el suceso.

Mas no supieron sacar el partido que debian de él, y bien pronto, repuesto Alejandro Farnesio dedicóse á reparar, siquiera fuese aparentemente para engañar á sus contrarios, el daño recibido, lo cual consiguió á poca costa, toda vez que, como ya dijimos, los sitiados no sacaron el partido que debian.

Lo único que pensaron hacer, fue romper los diques del Escalda, sacarle de su cauce, y por este medio navegar en los campos que se inundaron. Pero esta operación, lo mismo que todas las que intentaron, no supieron hacerla con el sigilo que requería, así fue, que sabedor de su propósito el duque de Parma, aumentó las fortificaciones del dique de Couvestein, haciendo levantar frente á él un contra-dique sobre el cual levantó nuevos castillos, destruyendo ó haciendo ineficaces con esto los intentos de la armada holandesa y zelandesa, que al principio obtuvieron algunos triunfos.

Nuevas máquinas infernales mas perfeccionadas por Giambelli trataron de destruir las obras construidas por los sitiados, pero no pudieron obtener resultado gracias á la prevención del de Parma, que hizo enganchar los navíos del puente en disposición de poder desengancharse á la aproximación de uno de aquellos terribles adversarios, y dejándole franco el paso, siguiendo el impulso de la corriente iba á estallar á larga distancia, y cuando ya no podía causar daño alguno á los españoles.

Finalmente, y como postrer recurso, construyeron los flamencos un navío de extraordinaria magnitud, sobre el cual levantaron un

castillo de forma casi cuadrada, capaz de sostener hasta mil arcabuceros y un gran número de piezas de artillería.

El *Fin de la guerra* apellidaron á esta mole colossal, en prueba de la confianza que en ella tenían, mas el mismo peso le hizo encallar tan hondamente que fue imposible ponerlo á flote de nuevo, mudándole el nombre los españoles, en tono de mofa, y apellidándole los *Gastos perdidos*.

Mas todavía no se abatieron por este nuevo contratiempo los sitiados; reunen todas sus naves grandes y pequeñas, provéelas de faginas, sacos de tierra, lana y tablones para construir parapetos y embisten al dique resueltos á triunfar ó sucumbir en la demanda.

Todos los jefes protestantes concurrieron personalmente á esta empresa, incluso el gobernador de Amberes, consiguiendo en los primeros momentos triunfos de tal consideración, que en la plaza se celebró ya la victoria; mas acudiendo inmediatamente Mansfeldt, Capissucci, Camilo del Monte, Juan del Aguila y otros esclarecidos capitanes, y subiendo un tercio de italianos y españoles para excitar entre ellos la emulación, mantienen indeciso el triunfo dando lugar á que acuda el duque de Parma.

Este poniéndose al frente de los soldados, *Ea camaradas*, — les grita con voz de trueno, — *no cuida de su honra ni de la causa de Dios y del Rey, el que no me siga*, y se arroja furioso contra el enemigo, dueño a la sazón del contra-dique.

Si furiosa es la acometida, no es menor la resistencia opuesta por los flamencos; peléase cuerpo á cuerpo y nadie piensa en ceder si no en arrebatar la vida á su contrario.

Maravilloso espectáculo habia de ser positivamente el ofrecido por tantos millares de soldados de tan diferentes naciones y de tan diversos idiomas, gritando, denostándose y luchando encarnizadamente sobre una pequeña lengua de tierra que escasamente podia ofrecer una anchura de diez y siete piés, en medio de las olas.

¡A tan estrecho espacio estaba en aquellos momentos reducida la lucha sostenida por la grandeza del Monarca español y los gigantescos esfuerzos de los flamencos, considerándose como dependiente de aquel tan angosto lugar el éxito de una rebelión que contaba ya tantos años!

Al ver el arrojó y el esfuerzo del duque de Parma que, lleno de ira y de bélico entusiasmo acomete, hiere, destroza, grita, manda y se revuelve entre la inmensidad de contrarios que le rodean, enciéndose de nuevo el coraje de italianos y de españoles que vuelven á la pelea llenos de ardimento.

Pero si por una parte se ataca con bizarría, defiéndose por la otra con no menor entusiasmo, y ora avanzan los españoles haciendo retroceder á sus adversarios, ora son estos los que recobran la perdida ventaja.

De repente, en medio del combate, caen de rodillas españoles é italianos pidiendo al cielo que en aquel supremo trance les dé su ayuda, y alzándose otra vez embisten furiosos á los flamencos, y tan impetuoso es su ataque que penetran hasta el fuerte de la Palada, fuerte al cual desde aquel momento, se le cambia la denominación por el de la Victoria.

Mucho han adelantado las tropas de Farnesio, pero sin embargo, todavía tienen los confederados elementos para defenderse en la parte atrincherada del contra-dique, donde han reunido todo cuanto era necesario para el efecto.

Pero ¿quién es capaz de resistir á los soldados españoles doblemente alentados por el triunfo que acaban de alcanzar?

Los fuegos de la artillería enemiga, la mosquetería de las naves y de las trincheras, cae como espesa y mortífera lluvia entre las apiñadas filas de nuestros soldados abriendo en ellas horribles claros, pero nada les aterra, cúbrense los huecos de los que caen con otros nuevos combatientes, y prosiguese con nuevo ardor el comenzado movimiento de avance.

Nada resiste ya el atrevido empuje de los españoles que disputan con los italianos los puestos de mas peligro en el asalto de aquellas trincheras.

Al mismo tiempo casi, Capissucci y Torralva, es decir, un capitán italiano y un capitán español, penetran con sus respectivas fuerzas en las fortificaciones; Mansfeldt llega oportunamente con un refuerzo, y el laurel del triunfo orna la frente de aquellos valientes.

Treinta naves y noventa piezas de artillería entre grandes y chicas quedan en poder de los españoles, y Amberes, aterrado por aquella derrota, entra en negociaciones para capitular.

Alejandro Farnesio mostróse tan prudente y generoso con los vencidos como con las demás plazas de que durante el cerco de Amberes se apoderara, no mostrándose inexorable mas que en la cuestión de libertad de conciencia, que pedían los flamencos, y á la cual no pudo acceder.

En agosto de 1585 hizo el de Parma su entrada triunfal en Amberes, ostentando entre otras galas el collar del Toison de oro con que Felipe II acababa de honrarle, celebrándose semejante acontecimiento con una gran fiesta y un banquete sobre el puente construido por él sobre el Escalda, el cual se deshizo despues toda vez que ya no tenia objeto.



J. SERPA. Lit.

Lit. VIDAL. Omo. 23.

EL CONDE DE LEICESTER

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXXXII.

Los Estados de Flandes imploran el socorro de la reina de Inglaterra.—Niegase esta á aceptar la soberanía.—El conde de Leicester es nombrado jefe de la expedición inglesa.—Llega á Flandes con su ejército.—Alejandro Farnesio sigue ganando plazas á los flamencos.

Con una destreza superior á todo elogio, el duque de Parma, despues de la rendición de Amberes, procuró poner esta plaza en disposición de que no pudiera caer nuevamente en poder de sus enemigos, para cuyo efecto hizo reedificar la ciudadela y castillo ideados por su madre Margarita, durante su gobierno, construidos por el duque de Alba y convertidos en ruina por el príncipe de Orange.

No desfavorables se mostraban tampoco las operaciones que en los demás puntos estaban realizando los generales de Alejandro, y aun cuando hubo un momento en que el tercio español de Bobadilla se vió en grave aprieto, pudo salvarse providencialmente consiguiendo reunirse con el duque de Parma en el Brabant.

La convicción en que se hallaban los Estados, aun antes de la toma de Amberes, de que les era imposible sostener con buen éxito su causa sin el socorro de una gran potencia, y el poco amparo que habían obtenido y esperaban obtener del rey de Francia, moviólos á dirigirse á la reina de Inglaterra, cuyos auxilios habían sido mas eficaces y con quien les unían los vínculos de la religion, y ofrecieronla, por medio de embajadores, la soberanía de aquellos países.

Tentadora era la proposición, mas no dejaba de encerrar peligro el aceptarla, y atendiendo unos á esto y mirando otros solamente á las ganancias, dividiéronse en opuestos pareceres los consejeros de Isabel y no hubo tampoco mayor acuerdo entre los prelados á quienes se consultó el caso.

En estas dudas llegó la noticia de la toma de Amberes á poner á la Reina en el caso de decidirse, y triunfando en su ánimo la resolución propuesta por su favorito el conde de Leicester, acordó, dejando para mas adelante la aceptación de la ofrecida soberanía, proporcionar á los flamencos grandes auxilios, en la forma y bajo las condiciones siguientes: la Reina enviaria un ejército auxiliar de 6,000 hombres mantenidos á su costa durante la guerra, y de cuyos gastos, terminada que fuese, le indemnizarían los Estados; los flamencos le darian en prenda la ciudad de Flesinga, y el fuerte de Rammekens en Zelandia, y la plaza de Briele en Holanda; se mantendrían á las provincias unidas sus derechos y privilegios; el general y dos ministros ingleses serian admitidos en la asamblea de los Estados; no se podría hacer tratado de alianza alguno con España, sin consentimiento de ambas partes, con otras menos importantes condiciones hasta el número de treinta y una (1).

El mismo que había inspirado esta resolución, fue el encargado de llevarla á cabo, y en su consecuencia recibió el nombramiento de general en jefe del ejército de Flandes, para cuyo cargo contaba, si no con la capacidad y el valor que la empresa exigía, con el favor de la Reina y con la habilidad que había demostrado para captársela, á pesar de su próximo parentesco con el duque Northumberland, marido de Juana Grey, degollado como esta por Isabel (2).

«Fue nombrado general en jefe de esta expedición, como dice un historiador de nuestros dias, el conde de Leicester, Roberto Dudley, que aunque hermano del duque de Northumberland, marido de la famosa Juana Grey, la competidora de Isabel al trono y degollada por ella como su marido en un cadalso, había no obstante, el Roberto hallado tal gracia y favor en el corazón de la Reina, por cierto atractivo natural y ciertas prendas de espíritu y de cuerpo, que no solo obtuvo rápidamente las mayores distinciones y los mas altos puestos de la corte, sino que fue el mas íntimo y el mas duradero privado de los muchos que sucesivamente estuvieron con intimidades con aquella Reina. Si entre los muchos pretendientes á la mano de Isabel, y á quienes ella sabia entretener tan mañosamente, ya con halagos, ya con esperanzas, ya con formales palabras de matrimonio, y de los cuales no menos diestramente se iba despues descartando, á tantos prometida y con ninguno casada; si entre los varios personajes que mas ó menos tiempo alcanzaron la privanza y los favores de aquella singular señora, sistemáticamente voluble, y mudable por constancia, hubo alguno de quien fundadamente se creyera que al cabo habria de ser su esposo; si alguno hubo á quien diera de un modo durable, ya que no el nupcial anillo, un lugar preferente en su corazón, fue sin duda el conde de Leicester, y de su cariño y de su privanza en los consejos continuaba gozando cuando fue nombrado general del ejército de Flandes, cargo para el cual no tenia ni todo el valor ni toda la capacidad necesaria, pero cuyos defectos encubrian en parte otras cualidades mas brillantes que sólidas.»

Tuvieron lugar los antedichos tratos en setiembre de 1585, y á principios del siguiente año, abandonó las playas inglesas el de Leicester con el ejército convenido y unos 300 nobles compatriotas suyos, arribando á Flandes, donde fue recibido con tanta pompa como alegría, y creyendo halagar á la reina Isabel á pesar de ser contrario á lo estipulado en el contrato, nombraron los flamencos al de Leicester gobernador supremo y capitán general de los Estados.

Al pronto mostró la reina de Inglaterra extraordinario enojo

(1) Lafuente. *Historia de España*, parte III, lib. II.

(2) Roberto Dudley, conde de Leicester, largo tiempo favorito de la reina de Inglaterra, era hermano del desgraciado duque de Northumberland que sufrió tan trágica muerte como su esposa la competidora de aquella.

porque se invistiera á un súbdito suyo con atribuciones mayores de las que le diera ella, mas en la prontitud con que se calmó su disgusto demostró perfectamente que en toda aquella indignación hubo mas de aparente que de real.

La llegada del de Leicester á Flandes hizo ponerse de nuevo en movimiento al duque de Parma, que con la toma de Amberes creyó haber podido reposar algun tiempo.

Sin embargo, como que para Farnesio, cuanto mas fuerte era el enemigo mayores bríos sentía, preparóse inmediatamente para recibir aquel nuevo adversario y contrariar sus planes.

Grave, plaza sobre el Mossa y que se hallaba en poder de los rebeldes, fue sitiada por Mansfeldt por orden de Alejandro, acudiendo inmediatamente en su defensa el conde de Folach, levantándose fuertes por ambas partes, tanto en la inmediación de la ciudad cuanto en las orillas del rio, peleándose con extraordinario vigor en ambos campos.

La crecida extraordinaria que sufrió el Mossa, por efecto de fuertes lluvias, permitió á los flamencos usar el medio tantas veces por ellos empleado de romper los diques inundando el campo de sus enemigos, contratiempo que, como fácilmente puede comprenderse, retrasó algun tanto las operaciones, dejando espacio para que Leicester acudiera en socorro de la plaza.

Sabedor de ello Alejandro, acudió en ayuda de los suyos, y su presencia produjo entre ellos el efecto de costumbre, inspirándoles mayor ardor en los combates.

A su llegada, un incidente que pudo haber tenido un funesto desenlace, llenó de terror á los realistas; una bala disparada de la plaza hizo rodar por el suelo el caballo de Alejandro, el cual arrastró consigo al jinete, produciéndose con esto una confusión y un espanto extraordinario, que se trocó en delirante alegría al ver al Duque ponerse de pié al lado de su caballo muerto.

Comenzados los ataques contra la plaza con aquel vigor que caracterizaba á todas las empresas del duque de Parma, prometia el sitio de Grave ser largo y tenaz, cuando de súbito el gobernador de la plaza, baron de Hemert, decayó de espíritu de un modo tal, que la rindió en 7 de junio de 1586, cuando todavía contaba con 27 gruesos cañones, mas de 100 barriles de pólvora y víveres bastantes para mantener 6,000 soldados durante un año.

Semejante cobardía por parte del gobernador, tuvo mas tarde el castigo que merecía, puesto que fue degollado con otros dos oficiales por orden del conde de Leicester.

A la rendición de Grave, siguió la de Venloo, Nuis, y otras poblaciones en las cuales se mostró el de Parma tan valiente soldado como entendido general y como galante caballero.

En agosto de 1586, fué á establecer el cerco de Rhinberg y sabedor de que el conde de Leicester estaba sitiando á Zutphen que defendian cien soldados españoles bajo el mando de Bautista Tassis, envió al marqués del Vasto en su socorro mientras él podia acudir.

Reñidos fueron los combates que hubo de sostener el del Vasto, combates que no fueron muy favorables á los españoles, pero tambien los ingleses hubieron de llorar la pérdida de Sir Philippe Sidney sobrino de Leicester, considerado en Inglaterra como el mas cumplido caballero.

En el campo inglés hallábase Mauricio de Nasau, aquel hijo del príncipe de Orange, á quien los Estados confirieron todas las dignidades y cargos de su padre, allí hacia sus primeras armas y por cierto que, mas adelante, demostró que había sabido aprovechar el aprendizaje.

De nada sirvió toda la vigilancia que tenían los ingleses; tan luego Alejandro Farnesio se presentó ante la plaza consiguió introducir en ella bastantes carros de municiones y vituallas y se marchó de nuevo con la seguridad de que el de Leicester no habia de apretar el sitio durante el invierno.

Este fue llamado á Lóndres por la Reina con motivo de la junta formada para fallar el proceso de la desgraciada María Stuart, y los Estados vieron con extraordinaria alegría una marcha que les libraba de un tirano insolente, que no respetaba ninguno de los compromisos contraídos con su soberanía, y durante cuyo gobierno habían perdido en vez de ganar.

Hubieran querido romper abiertamente con él, mas como de hacerlo así no les quedaba otro recurso que someterse al rey de España, aguantaron todas las injusticias y todos los atropellos del de Leicester con tal de no sucumbir á Felipe II.

Reunidos los Estados de Flandes en el Haya, despidióse allí el general inglés prometiendo regresar inmediatamente y aun cuando se trató por el momento de nombrarle sucesor, quedó por fin resuelto que el consejo de Estado asumiese el mando supremo.

Poco despues de haber marchado el de Leicester, Ricardo Yorch y Williams Stanley, á quienes aquel les dejara encomendadas las fortalezas vecinas á Zutphen, se las entregaron á Alejandro Farnesio, duque propietario ya de Parma y Plasencia, por muerte de su padre Octavio.

Irritados con esto los flamencos, en la asamblea general de los Estados reunida en 6 de febrero de 1587, confirieron el mando general á Mauricio de Nassau.



ISABEL DE INGLATERRA.

J. SERRA. LIT.

Li. VIDAL, Omo. 29.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26